



La escuela secreta

Colofón

La escuela secreta



¿Has escuchado hablar de la escuela secreta del río Biobío? Cuentan los viejos sabios que todas las mañanas, en algún lugar de la cuenca del Biobío, los peces más pequeños van a clases a aprender las lecciones de la profe Carmelita...

Para escucharla se sientan en piedras en el fondo del río y como el agua que los rodea nunca se detiene, sienten cosquillas en las aletas y las escamas. Muchos no pueden aguantar la risa, como el Pez Tollo que nunca permanecía tranquilo.

El día en que ocurrió esta historia la profesora explicaba algunos de los secretos del río:

-El agua del río nos da vida; los árboles y los juncos que están cerca de él son nuestros amigos, ya que sus raíces son como esponjitas que frenan la llegada de sustancias que contaminan el agua.

-¿Qué es una sustancia contaminante?, preguntó Bagrecito que siempre participaba en clases.

-Son desechos creados por el hombre, muy peligrosos. Si se acumulan

en el río lo contaminan y nos daña. Por eso hay zonas del río que están prohibidas para nosotros.

La profesora les explicó a cada uno de los alumnos -el Tollo, el Bagrecito, la Farionela, la Lamprea-, que incluso ella misma se encuentran en peligro de extinción.

Al ver que Tollo no estaba atento le preguntó: -Tollo, ¿sabes qué significa extinguirse?

Él no supo qué contestar.

-Cierra los ojos y piensa en todos los peces de tu familia. Ahora imagina que nunca más estarán en el planeta, que nunca más podrás verlos, ni tocarlos. Eso es extinguirse, dijo la profe Carmelita.

-¿Y yo qué tengo que ver con eso?, reclamó Tollo.

-Todos tenemos que cuidarnos para que ninguno de nosotros desaparezca para siempre, señaló la profesora.

Tollo no le dio importancia a las palabras de la profe Carmelita. Sin que



ella se diera cuenta, con un rápido movimiento de aletas, escapó sin permiso a través del torrente del río.

Mientras avanzaba pegado al fondo del río sentía cosquillas en todo el cuerpo. Era un pez liviano y veloz.

Arriba, sobre su cabeza, descubrió un montón de espuma flotando de color café amarillento. Eran sustancias contaminantes, pero como Tollo no había prestado atención a nada de lo dicho por la profesora, comenzó a jugar con ella. De pronto escuchó una voz:

-¿Te gusta jugar?

Era un pez de mirada desafiante llamado Salmón.

-Sí, contestó Tollo mientras la espuma contaminante se alejaba arrastrada por el agua.

-Se nota, eres un niño.

-Para que sepas, yo soy el mejor nadador de este río, contestó Tollo un

poco enojado.

Salmón se puso a reír.

-¿Qué es lo chistoso?, preguntó nuestro amigo.

-Tú eres muy gracioso. Me presento: soy el pez más rápido de toda la cuenca del río Biobío.

Tollo abrió unos ojos muy grandes y luego preguntó:
“¿Qué es una cuenca?”

-No sabes nada. La cuenca es todo el territorio bañado por las aguas que llegan al río, desde las altas montañas, pasando por los humedales a lo ancho y largo del Biobío, incluidos todos sus afluentes o brazos del río, y hasta que desemboca en el mar.

-Yo la recorro toda y soy el mejor nadador, replicó Salmón.

-No es verdad, le dijo Tollo y se puso a dar vueltas alrededor de Salmón, quien se quedó mirándolo. De pronto dio un gran salto. Durante un

par de segundos salió fuera del agua. Tollo nunca antes había visto algo tan increíble. Tuvo que contenerse las ganas de aplaudir.

-Si quieres hacemos una carrera para ver quién es el mejor nadador, dijo Salmón al regresar al agua.

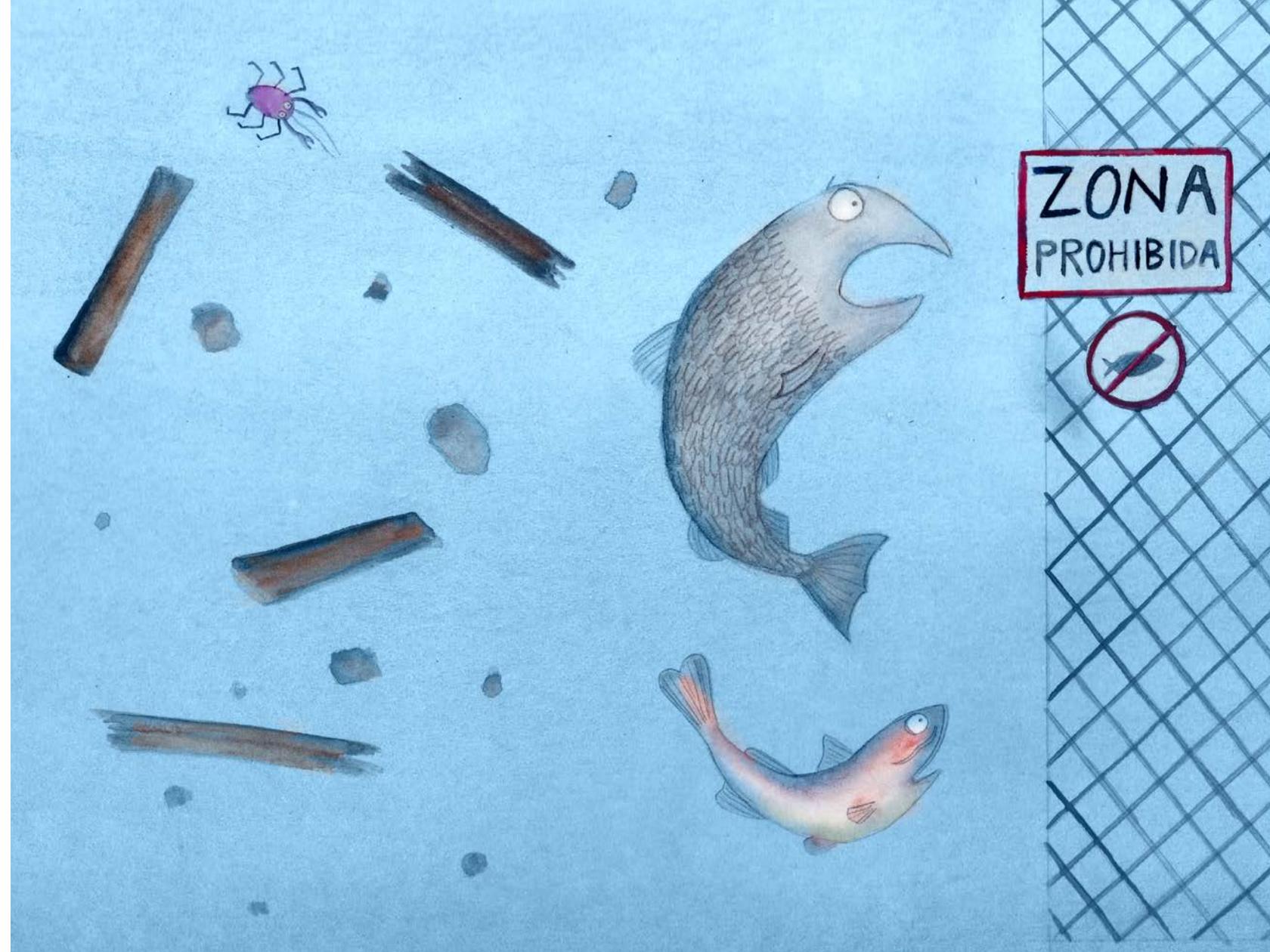
-Acepto, dijo sin pensarlo Tollo.

-Tienes que atraparme, si es que puedes hacerlo, dijo desafiante Salmón y nadó disparado como un rayo.

Tollo se puso a mover sus aletas sin parar. Esquivaron piedras, palos e incluso nadaron contra la corriente. Salmón era muy rápido, pero Tollo podía seguirlo desde cerca. Estuvieron así un par de minutos. Hasta que Salmón se detuvo en la entrada hacia un embalse, al lado de un cartel en el que se podía leer: Zona Prohibida.

En ese minuto apareció una especie de cangrejo llamada Aegla, que los quedó mirando.

-Eres un buen competidor, dijo Salmón.



-El mejor nadador del río, contestó el pequeño pez.

-Entonces seguro no te da miedo entrar al embalse ¿o sí?

-No le hagas caso a Salmón, le advirtió Aegla, si entras al embalse tu vida corre peligro, al final hay una máquina llamada turbina que puede matarte. También hay canales para riego que te pueden llevar hacia los cultivos agrícolas de los cuales no podrás salir, y peor aún, hay zonas en las que la eutrofización o falta de oxígeno del agua, no te permitiría respirar!

-Eso siempre dicen los cobardes, contestó Salmón.

Tollo sabía que ya estaba muy lejos de la escuela y pensó en regresar. Había escuchado a la profé Carmelita hablar de la eutrofización, que era un desorden en el río, que se causaba por el exceso de nutrientes que llegaban desde los campos y las ciudades de la cuenca; recordaba que era peligroso, pero no recordaba por qué. Estuvo a punto de darse la vuelta rumbo a la escuela. Sin embargo, no quería que le dijeran miedoso o cobarde.

Respiro hondo y dijo: “Vamos”.



Se internaron en aguas más profundas.

Tollo, como nunca antes en su vida, tuvo miedo. Le costaba moverse, se sentía pesado como una gran piedra. Se detuvo...estaba rodeado de la misma espuma con la que había jugado hace poco. Eran las sustancias contaminantes.

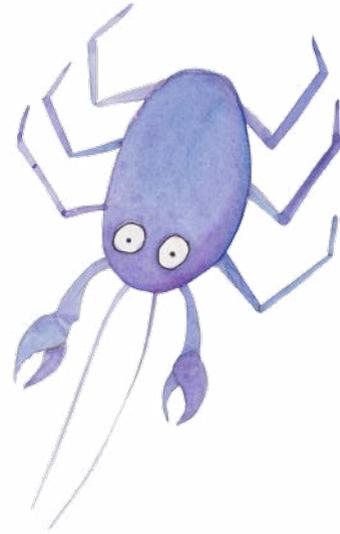
-No se puede respirar, falta oxígeno en el agua, dijo Salmón.

-No puedo moverme, contestó desesperado Tollo.

-Chao, pescado. Mejor me voy -dijo Salmón, dando un gran salto escapó del embalse a través de una escalera para peces, y Tollo no pudo hacer lo mismo.

Tollo no lo podía creer, Salmón lo había abandonado. Ahora le dolían las aletas.

Pensó en la profesora Carmelita, en su papá y su mamá; en la escuela y escuchó las risas de sus amigos. Recordó los consejos que le enseñaban en clases y le dio mucha pena haber salido sin permiso.



Todo a su alrededor se ponía más oscuro, pronto llegaría la noche. El sueño estaba a punto de vencerlo, cuando se puso a llorar. Pensó que nunca más volvería a ver a sus amigos.

Imaginó que si cerraba los ojos, no los podía volver a abrir nunca más y se moriría. Así recordó las palabras de la profesora: extinción.

Quería a todos sus compañeros y sabía que todos debían cuidarse, que son muy pocos los de su especie y se imaginó como el último pez sobre la tierra. Ahora sentía mucho dolor.

Aegla que observaba lo que estaba sucediendo, viajó veloz rumbo a la escuela secreta.

La profesora y sus compañeros estaban muy preocupados. Tollo no aparecía por ningún lado. Llevaba horas perdido. Aegla entró a la escuela muy apurada y dijo:

-¡Hay un pequeño pez atrapado en la zona prohibida!

-Debe ser Tollo, dijo la profesora.

-Hay que rescatarlo, señaló Bagrecito.

-Yo la acompaño profesora, replicó Farionela.

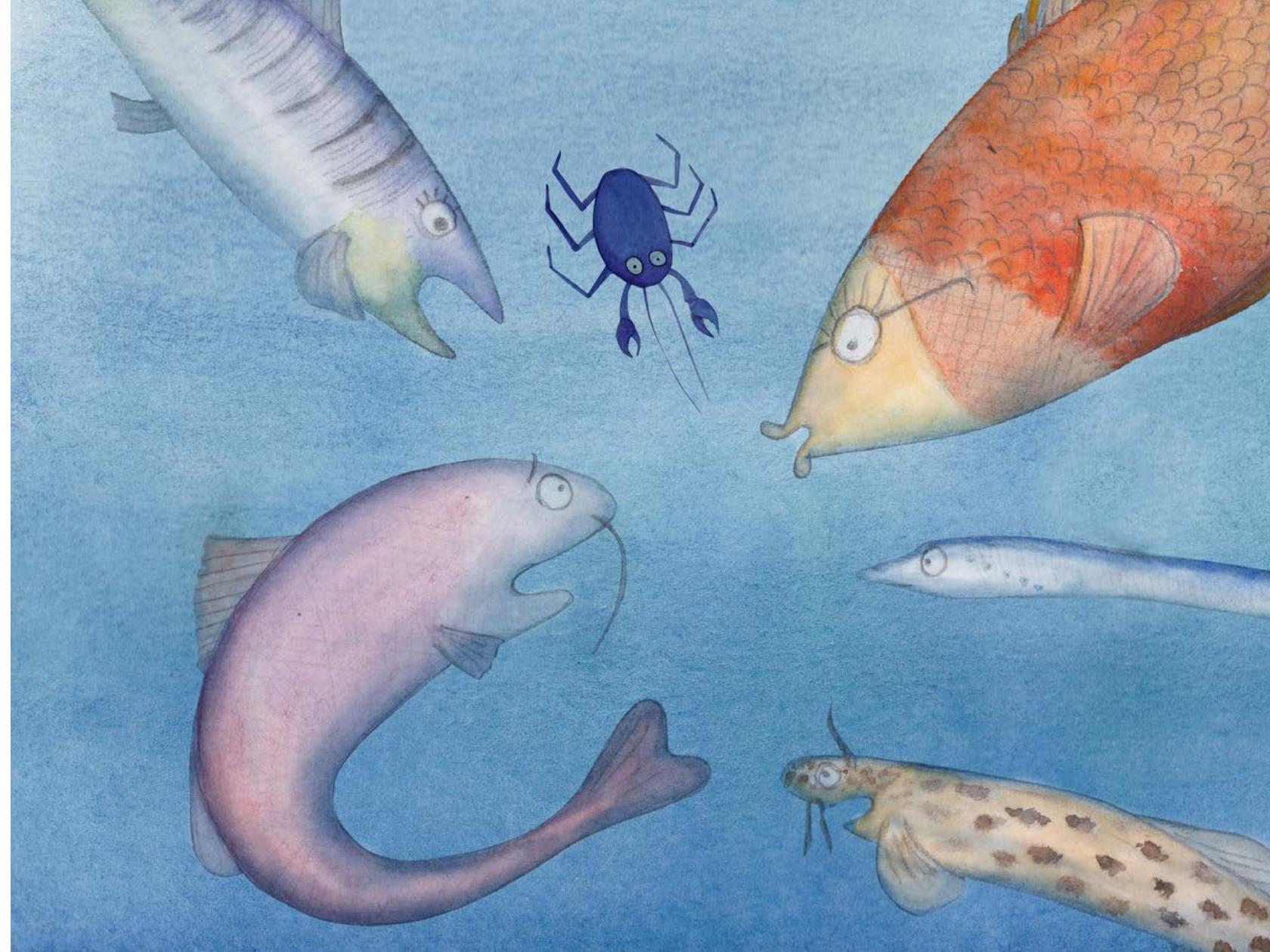
Salieron decididas de la escuela con la misión de salvar a Tollo y llegaron hasta el cartel de la Zona Prohibida.

Acá comienza el territorio de la central hidroeléctrica. Esto es un embalse (mucha agua con poco movimiento) creado por el hombre, es diferente al resto de nuestro río. Es probable que encontremos sustancias contaminantes.

-¿Estas segura de seguir?, le preguntó a Farionela.

-¡Sí!, mi amigo está en peligro, contestó la pequeña pez.

La profe y Farionela descubrieron a Tollo en una zona muy oscura del embalse, rodeado por partículas contaminantes que no le permitían respirar. Entre ambas tomaron a Tollo que estaba dormido. A lo largo del camino de regreso Tollo no reaccionaba. Tenía demasiado cansancio.



Al abrir nuevamente los ojos, Tollo ya no estaba en ese horrible lugar, estaba en la escuela secreta, en la sala de clases junto a sus amigos. Todos gritaron y aplaudieron de pura felicidad.

-¡Los extrañaba mucho!, gracias por salvarme, gritó el pez.
Tollo miró a su profesora y le dijo; “tengo miedo de que esa espuma contaminante llegue a la escuela y nos mate a todos.

La profesora lo miró con dulzura y les contó “Hace poco el hombre se dio cuenta de que contaminar el agua era un peligro para los seres vivos que habitamos el río. Por eso estableció una serie de normas para reducir la cantidad de sustancias contaminantes que ingresan al agua. Si los humanos respetan estas normas la contaminación no debería extenderse a los lugares donde nosotros habitamos, y poco a poco los lugares prohibidos deberían ser cada vez menos en nuestra cuenca.

-¡Bien, nos salvamos!, gritó Bagrecito, ojalá que esas reglas duren para siempre y se cumplan.

-¡Que se extingan para siempre las sustancias contaminantes!- gritaron los pequeños peces.

Desde ese día Tollo es un alumno atento, feliz y solidario, que jamás deja de aprender, y participa activamente en hablar con otros peces sobre las normas que ayudan a proteger su amado río Biobío.

